

INTRODUCCIÓN

LA DEMOCRACIA ANTE LOS AUTORITARISMOS, LOS AUTORITARISMOS EN LA DEMOCRACIA

DOSSIER

RICARDO LALEFF ILIEFF – ric.lal.ilie@gmail.com
Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales, Instituto de
Investigaciones Gino Germani / Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y
Técnicas, Argentina

EUGENIA MATTEI – eugeniamattei@gmail.com
Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales, Instituto de
Investigaciones Gino Germani, Argentina

“Democracia” y “autoritarismo” se han estructurado en oposición, es decir, como conceptos marcadamente antagónicos, reacios incluso a comprenderse desde una lógica de hibridación o de mutua contaminación: allí donde hay democracia no puede haber autoritarismo; allí donde hay autoritarismo no puede haber democracia.

Sin embargo, las cosas resultan más difíciles en los procesos políticos, máxime si ponen en juego la pertinencia misma de la dicotomía mentada. De hecho, el actual horizonte inquiere en la capacidad explicativa de sus términos, replanteando el tipo de relacionamiento que se desenvuelve entre discursos filiados a diferentes prácticas y tradiciones. Se podría decir que, en la actualidad, nada sugiere que la democracia haya perdido a su otro antagonista, ni que el autoritarismo ya no se encuentre como posibilidad acontecimental, próximo a rechazar los principios democrático-liberales más elementales. Pero el problema a comprender es de otro orden: aquello que se conocía como “autoritarismo” debe ser re-ubicado, re-identificado. Ya no parece estar encarnado o condensado en un actor, grupo o institución; ya no parece tampoco responder a una lógica de ataque frontal a la democracia, sino a una estrategia de acecho.

Quienes coquetean con experiencias autoritarias del pasado no necesariamente se oponen a los mecanismos del sufragio —a pesar de que, como sabemos, siempre pueden verse tentados a ello o a negar el resultado de los comicios—; más bien operan como parte constitutiva de la democracia, como un pliegue interno a ella. Así, desprendiéndose de su clásico ropaje, los discursos autoritarios del presente han hecho suya la empresa de ampararse en los métodos formales del Estado de Derecho para ganarse el apoyo social, para avanzar y demoler los núcleos de sentido en los que descansa la reserva igualitarista que abriga toda democracia.

Bien podría señalarse que, en lo fundamental, esta dinámica no es tan novedosa. Lo acontecido en la Alemania de Weimar, con su sistema pluralista, habilitó la llegada del nazismo al poder en 1933. Sin embargo, más allá de las obvias diferencias que se puedan enlistar entre tales contextos, el punto a denotar es que la actual coyuntura indica que el acecho a la democracia ya no propone otra forma de organización política en su reemplazo, más bien pretende gobernar a la democracia erosionando su legitimidad. ¿Puede esta deriva realizarse plenamente? ¿Hasta dónde tal estrategia no resulta contradictoria? ¿Es una cuestión meramente de máscara y de forma?

En América Latina, y en Argentina en particular, tras años de configuraciones políticas arbitrarias, provocadoras de desastres económicos y de aberraciones contra las formas más elementales de la existencia humana, la democracia comenzó a ser reconocida como la única organización legítima. Si durante gran parte del siglo XX aparecía acechada por su otro autoritario, hacia sus últimas décadas proclamará haberlo vencido. Así, a la recuperada democracia le quedaba la ardua tarea de suturar las heridas abiertas y profundas de los tiempos dictatoriales, recoger los despojos y mitigar los terribles daños. Pero, también, había algo más. Tal como se identifica en el discurso de asunción del presidente Raúl Alfonsín en el año 1983, la reapertura argentina hizo suya a la esperanza. La frase “con la democracia no sólo se vota, sino también se come, se cura y se educa” encerraba una clara distancia con la tragedia del ayer, extirpaba al autoritarismo como opción futura de resolución de conflictos y denotaba que era posible vivir en paz, atender lo materialmente urgente y progresar culturalmente. Convertidas en un lema inaugural, estas palabras

potentes y promisorias se volverían, con el correr de los años, el signo de una franca decepción.

Las ciencias sociales de nuestros días deben asumir que el estudio de la cuestión democrática no puede ya desplegarse pensando solo en la formalidad de sus procedimientos —tópicos estructurales para los enfoques de las transiciones y de las relaciones civil-militares de los años 1980-1990—. Por otro lado, solo reactivando la discusión sobre su dimensión sustantiva, sobre su propia legitimidad y no solo sobre su oposición al horror, es que los distintos discursos democráticos estarán en condiciones de realizar sus promesas y pagar sus deudas, evitando alimentar con sus incapacidades el parásito que anida en su interior.

Los trabajos que forman parte del dossier que aquí se introduce tensionan, revisan y discuten tales apreciaciones desde los más diversos enfoques, referencias y tonos. Las abordan, inclusive, a partir de otros senderos o preguntas conexas no menos fundamentales, igualmente potentes para pensar las múltiples dimensiones de la vida política y revisar hasta dónde las nociones de democracia y autoritarismo mantienen, hoy día, pregnancia y polemicidad.